

RELATOS INÉDITOS DE CARLOS VEGA

IVÁN MARCOS PELICARIC

En 1932, Carlos Vega publica *Agua*, una colección de microrrelatos o, mejor, “cuentos mínimos”, según aparece en el subtítulo de la obra¹. Antes de *Agua*, Vega ya había dado a conocer *Hombre* (1926) y *Campo* (1927), dos libros de poesía. Éstas fueron las únicas obras literarias de Carlos Vega que se editaron en forma de libro, pero sabemos que más allá de estos textos, se conservan inéditas varias obras de teatro, algunos poemas sueltos y un puñado de narraciones².

El objetivo de estas líneas es, justamente, presentar los relatos de Vega que no han sido publicados hasta el momento. Sus títulos son: “El Señor del alma”; “Un hijo genial. (Ensayo de novelita corta)”, “El alma de Anatolio Páez”, “El secreto de la guitarra”; “La paz”, “El triunfo” y “Neurastenia”. Hay, además, otro relato que no lleva título. En este trabajo, nos permitimos intitularlo “Malacara”, por ser éste el nombre del caballo que da sentido a la historia. Asimismo, cabe aclarar que a un texto que lleva por título “Los botines de Don Cándido”, le falta la primera parte y está ensamblado, por el mismo Carlos Vega -erróneamente-, con una página que nada tiene que ver con “Los botines...” y que sería el inicio de otro cuento. Tal vez, confundió a Vega que el membrete de las hojas en donde escribía estas historias es el mismo.

¹ Al respecto véase PELICARIC, Iván Marcos, “Agua, microrrelatos de Carlos Vega” en *Revista del Instituto de Investigación Musicológica “Carlos Vega”* N° 24, Buenos Aires, EDUCA, 2010, pp.375-400.

² Cabe aclarar que los escritos de Vega están resguardados tanto en el Instituto Nacional de Musicología “Carlos Vega” (INMCV) como en el Instituto de Investigación Musicológica “Carlos Vega” (IIMCV) de la Pontificia Universidad Católica Argentina. Este último es el depositario -por donación testamentaria fundacional del investigador- de todos sus manuscritos, partituras, libros, etc.

"El Señor del alma" fue escrito, según consta en la primera página, entre enero y marzo de 1920. Se encuentra, por lo tanto, entre los primeros esfuerzos literarios de Carlos Vega, quien tenía en aquel entonces apenas 21 años³. La única versión que poseemos está escrita a máquina. El relato presenta varias subdivisiones numeradas, del I al XIII.

La historia se inicia presentando a Alberto, un muchacho de provincia, que se enamora de María Luisa. Ella responde a este amor, que dura unas cuantas estaciones. Luego, se produce un distanciamiento, más por cuestiones de geografía que de alma. Pero en el relato se plantea que el primer amor nunca sucumbe, sino que vive siempre. "El hombre que no se une en definitiva con la primera mujer que lo sedujo no encontrará jamás la felicidad suprema en la vida", se dice, y luego se agrega que para la mujer "(...) el hombre a quien confesó las primeras inquietudes de su corazón es fatal y eternamente el Señor de su alma [parte IV]".

María Luisa se casa con otro joven, con Isidro Nicolao, "un hombre pobre de carácter y falto de energías", y se instalan en Buenos Aires. Isidro proviene de una familia acomodada; le gusta frecuentar el Club y tiene afición a las carreras de caballos. Alberto, por su parte, también se instala en la Capital, donde cursa Psicología. Y lógicamente hay un encuentro entre los primeros enamorados: María Luisa descubre que Alberto pasa a diario por su calle, y un día toma coraje y se da a conocer. Poco después, Isidro los descubre en el vestíbulo de su propia casa... Y se suicida. Hay remordimiento en los amantes. Pero, si bien en un primer momento se distancian, vuelven a encontrarse dominados por la pasión. Hacia el final del relato, hay arrebatadas frases de amor. María Luisa por fin le ruega que se case con ella, a lo que Alberto responde, con desdén: "¡Mujer al cabo! (...) Vengo por el alma mía y me ofrecen un cuerpo ajeno". Y Alberto abandona la casa, y no regresa jamás.

"Un hijo genial" fue escrito en 1921; es decir, un año más tarde que "El Señor del alma". Lleva por subtítulo "Ensayo de novelita corta", y consta de VI breves capítulos. Luis Ángel, un amigo del protagonista, narra la historia: un hombre, Claudio Darwin, que se sabe poseedor de una mente privilegiada, anhela casarse con una mujer también sobresaliente, de modo tal que el fruto de esa unión devenga, por transmisión hereditaria, en un

³ Carlos Vega nació en Cañuelas, provincia de Buenos Aires, el 14 de abril de 1898; falleció en Buenos Aires el 10 de febrero de 1966.

hijo genial. En este plan no importa el amor sino la fusión de talentos. Con este propósito, Claudio abandona su pueblo de origen -con una maleta llena de música y sonetos- en busca de la mujer ideal. Pasado el tiempo conoce a María Elena, una delicada compositora a la cual Claudio, luego de intensos interrogatorios para cerciorarse de que era la mujer apropiada, le revela sus propósitos... Ella lo despide tratándolo de imbécil.

Claudio Darwin continúa febrilmente su búsqueda. Viaja a una capital de provincia. Allí escucha sobre una escritora joven y notable, y decide conocerla. Se la presenta el propio prometido de la mujer... Que ella esté comprometida no lo echa atrás a Claudio en su propósito. “El obstáculo no existe sino en nosotros mismos -dice Claudio-; es una creación de nuestra fantasía”. Efectivamente, consigue que ella lo ame con vehemencia. Pero, al poco tiempo, descubre que el padre de la poetisa es alcohólico y teme que ella arrastre en sus entrañas un germen fatídico. Claudio le confiesa sus verdaderos propósitos, anhelando que ella -como en el caso anterior- lo rechace. Sin embargo, la mujer acepta. Él la abandona.

Pasan muchos meses. Claudio conoce a Magdalena. Se enamoran. Al tiempo, se casan y se instalan en una casita en los suburbios de la Capital. Viven cómodamente, incluso cuentan con el servicio de un criado negro. Ella espera un hijo. Sin embargo, Claudio intuye que a veces Magdalena parece “sufrir la obsesión de algún pensamiento infernal”. Nace el niño tan deseado por Claudio. Él desea llamarlo Carlos, Carlos Darwin... Quiere conocer al recién nacido, pero le retardan el ingreso a la habitación. Por fin, penetra en la alcoba y conoce al niño. Claudio lanza un grito desesperado y se desploma sin sentido: la criatura era un negrito.

En “El alma de Anatolio Páez”, el espíritu de Anatolio cuenta la historia. (Puede hacerlo ahora porque se introdujo en el cuerpo de un jovencito que se quedó dormido). Entendemos que Matilde es su gran amor y que Anatolio tuvo la desgracia que Pancho Encina -su amigo en otro tiempo- también se enamorara de Matilde y le tendiera a Anatolio una trampa.

Ambos profesaban la Antigua Sabiduría e intentaban insistentemente separar sus espíritus de las envolturas físicas. Por fin, lo lograron. Cuerpo y espíritu apenas quedaban unidos por un frágil cordón, un hilo “tenue y plateado”. Pero Pancho cortó el cordón de Anatolio y se apropió del cuerpo de su amigo. Cuando a Anatolio se le ocurrió entrar en el cuerpo de Pancho, para -por lo menos- tener un cuerpo en este mundo, ya era tarde. Como es previsible, Pancho seducirá y conquistará a Matilde, con el cuerpo

del otro, y el pobre Anatolio no hará más que padecer, desde el universo de los espíritus, viendo el comportamiento de la pareja.

Se entiende en el relato que los espíritus reencarnan y, por orden del más allá, se dedican en vida a un oficio acorde al bien o el mal que hayan hecho en la etapa anterior.

Anatolio, luego de intensos sufrimientos, se acerca al Absoluto y le pide justicia. Entonces el Absoluto, conociendo la espantosa traición de Pancho, dictamina, hablando con su secretario (pues el Absoluto tiene costumbres muy humanas), que el canalla en su próxima vida devenga "maestro de escuela". Ser maestro será el castigo de Pancho por su cruel alevosía.

En un relato extenso "El secreto de la guitarra" conocemos a Pepe Molina, un fabricante de guitarras, que cuenta cómo su padre, también artesano, había construido, tiempo atrás, en España -mediante un supuesto proceso secreto-, cuatro guitarras excepcionales que arrancaban lágrimas con sus acordes... Su padre tuvo intención de transmitirle a su hijo cómo había fabricado estos instrumentos inigualables, pero murió antes de hacerlo. Tres de las cuatro guitarras, aún existían, y una de estas tres llegaría prestada desde Barcelona a casa de don Pepe Molina, quien pensaba examinarla para construir de igual modo una nueva para un famoso y joven artista: Luis Ángel Marés.

El cuento posibilita que se detallan cuáles son las características que debe tener un gran artista: sensibilidad, talento, memoria, técnica. Pero eso sólo no basta, es necesario además haber sufrido, haber pasado miseria, dolor y hambre, ya que el talento mejora con esa fuente trágica. "Las páginas inmortales son dolor perpetuado", se escribe. Gracias al sufrimiento se comprende en profundidad... Lamentablemente, Luis Ángel Marés -el artista que ha encargado la guitarra a don Pepe Molina- si bien es talentoso, no conoce el sufrimiento. Es joven y su corta vida ha transcurrido sin sobresaltos ni privaciones. Mientras la nueva guitarra se construye, Marés frecuenta la casa del artesano, no sólo para seguir de cerca el nacimiento de la guitarra sino también para conversar con Elba, la bella hija del fabricante.

Finalmente, un día llega al taller, desde España, la célebre guitarra efectuada por el padre de Pepe. Cuando el artesano la desembala, descubre con desesperación que ha llegado rota. Más tarde, en soledad, explora con avidez la entraña misteriosa del instrumento, sin encontrar "ninguna reforma esencial en que pudiera residir el secreto que su padre llevó a la tumba".

Sin desalentarse, don Pepe sigue trabajando en el encargo de Marés. Al fin, luego de un tiempo, concluye una guitarra magnífica, una que de algún modo continúa, gracias a su espléndida sonoridad, la serie de las cuatro antiguas guitarras Molina. Marés queda encantado.

Hacia el final del relato don Pepe descubre cuál era el secreto que escondía su padre: “trabajar con amor, con fe y con entusiasmo”. Y Marés logró maravillas frente a su público, pues le hicieron creer por un tiempo que Elba, su amor, estaba muy enferma, con diagnóstico reservado, y el sufrimiento lo indujo a tocar y expresarse de manera sublime.

En “La paz”, un hombre se encuentra, en la noche, en un descampado con un prófugo, a quien persiguen porque desea establecer la paz en el mundo. La noche es tormentosa. El fugitivo dice conocer el medio que permitiría instaurar la paz en toda la tierra, en un día cualquiera, en un solo segundo, y para siempre. La fórmula es pronunciar una palabra única, cuya raíz es universal; en todos los países y hasta en las aldeas de los primitivos significa lo mismo. Es una palabra “encarnada en la humanidad”, llena de fuerza mágica. Esta palabra, lanzada al espacio al unísono por tres mil millones de gritos, por toda la humanidad, comunicaría sus vibraciones al éter, y un estremecimiento sacudiría el mundo entero como un relámpago.

“¿Cuál es?”, pregunta el circunstancial compañero.

El fugitivo está por pronunciarla, quiere transmitir la palabra antes de que lo atrapen de nuevo, pero, cuando está por hacerlo, un agente de policía le pone una mano en el hombro y le grita: “¡Vamos!”.

“El triunfo” cuenta cómo Nicolasa, una joven de progenie araucana que había vivido en la pobreza de un rancho cerca de unos basurales, logra triunfar en la vida. Ella misma lo escribe en una carta dirigida a la madre: “He triunfao, mama. He triunfao, como decía Belisario”. Así comienza este breve cuento que rápidamente nos lleva de los montones de húmeda basura -en donde Nicolasa fue violada de pequeña-, a los distintos trabajos en modestas casas de pueblo -en donde sucesivamente se la despedía por insuficiencia-; y de la piecita de un muchacho del pueblo a la amplia residencia de extramuros, que funciona como prostíbulo. Es allí donde Nicolasa siente que ha triunfado en la vida, porque se levanta cuando quiere -después de haber dormido plácidamente en una habitación exclusiva- y pasa la mayor parte del día al cuidado de su cabello, sus manos y sus ropas. De noche, diversión, en un sitio que imponía severas normas de conducta a

los hombres frente a las mujeres, lo que "hacía del lupanar una verdadera escuela de moral".

"Neurastenia" es quizás el cuento más logrado. Está escrito a máquina y hay dos versiones que difieren apenas en el inicio. Está dividido en dos partes bien marcadas. La primera narra cómo un pintor y su mujer atraviesan, en compañía de un amigo en común, el lago Titicaca. Mientras el relato avanza, aparece entre paréntesis una voz que dice no tener cargos de conciencia ni culpa, y algunas alusiones al Destino del hombre, lo que hace suponer que algo trágico sucederá. En la frontera entre Bolivia y Perú, un policía descubre en la maleta del pintor un revólver. Se lo quita y se dirige a la oficina del jefe. Lo coloca sobre la mesa de su superior y dice: "Señor, aquí hay un pasajero que trae este revólver". El jefe toma el arma y ante la vista de todos se destroza la cabeza de un balazo.

La segunda parte del cuento nos presenta a Leandro Guzmán, hombre sencillo y trabajador, sin grandes aspiraciones, quien ha quedado absolutamente solo en la vida. Tardíamente, Leandro se casa -sin demasiado entusiasmo- con una vecina de su pueblo. Y pronto descubre la felicidad en su matrimonio. Espera un hijo, está dichoso. Pero todo se desmorona súbitamente, cuando fallecen mujer y criatura en un parto adelantado. Leandro pasa la noche del velorio junto a los dos ataúdes, y ya con luz del alba, se dirige -como un autómatas- a su trabajo. Llega a la oficina, se sienta en un sillón, los codos sobre la mesa, la cabeza entre las manos. De pronto, oye vagamente que alguien le dice: "Señor, aquí hay un pasajero que trae este revólver".

"Malacara" cuenta la historia de un negrito al servicio de un joven patrón que lo maltrata. De hecho, iniciado el relato, su amo le cruza la cara con un azote. El negrito lo odia en silencio; sólo ha recibido en la vida gritos e insultos. Pero esconde un amor: el Malacara, un caballo vivaz, que el morenito cuida. Lo baña, lo cepilla, lo pasea. En cierta ocasión, como consecuencia de un hecho fortuito, Malacara le demuestra al moreno, huérfano y harapiento, más amor y piedad que todos los hombres.

Un día, debe buscar a la estación a su joven amo, quien había viajado a la ciudad, y ya regresaba. Camino a la estación, el moreno monta un petiso y a su lado va el Malacara, en el cual su amo volvería a la estancia. Había llovido muy fuerte. El moreno ve cómo -después de haberlo cruzado- el agua turbulenta arranca varios tablones de un puente.

Durante el regreso, el patrón va adelante en el Malacara, y el moreno, detrás, en el petiso. Enfilan por el terraplén hacia el puente roto y encubierto, “como una trampa”. El peón sabe que su amo va a la muerte, pero calla, porque lo odia. Pero, ¿y el caballo?... Repentinamente, algo le toca el alma y el negro grita: “¡No siga! ¡Ta roto el puente!”

A este final le siguen un par de párrafos que Vega ha tachado. En ellos leemos cómo el patrón, después del grito de su criado, advierte el vacío en el piso, se conmueve, y le da a su negrito unas palmadas en el hombro lleno de gratitud; pero el moreno siente vergüenza de haberlo servido, de que el joven amo piense que lo estima, y rebelde le grita: “No fue por usted, niño; fue por el caballo”.

En este relato hay un sesgo obvio de denuncia. El binomio negro-blanco sustenta la confrontación y la desigualdad; también en el cuento “El triunfo”, en el cual se presenta -como ya hemos dicho- a la araucana que se prostituye en un salón visitado por hombres blancos. Los dos relatos hablan asimismo de pobres frente a ricos; igualmente se intuye que la india y el negro no encontrarán jamás un futuro digno, debido a que arrastran un estigma en la piel.

Pero al margen de esto, sobrevuela -en la mayoría de los textos- la idea que el grado de grandeza espiritual es lo que marca la gran diferencia entre los seres humanos. El que es capaz de amar, el que es artista, sensible, culto, ése es el que se eleva por encima del común de los mortales.

Es significativo que estas historias presenten un mundo de hombres en donde la mujer apenas aparece y, cuando lo hace, es generalmente para enamorar a un compañero con su irradiación exquisita. Los protagonistas son masculinos, salvo en “El triunfo”, en donde asume la historia la prostituta de progenie araucana.

Los relatos están atravesados -casi siempre- por una franca ironía. Quizás sea éste el rasgo más saliente en casi todos los textos. En “El Señor del alma” hay una ironía hacia el carácter de la mujer; en “Un hijo genial” hacia el amor y la ciencia; en “El triunfo” hacia lo que significa triunfar para una pobre mujer perdida y marginada; en “La paz” hacia la imposibilidad de conquistarla. También en “Malacara” se ironiza -de algún modo- respecto del amor, sobre todo en su versión más extensa.

Entre las notas negativas, nos permitimos señalar que estos cuentos presentan en general personajes sin demasiados matices. No se percibe demasiada sutileza en la factura de los caracteres; y lo que pudo haber sido

un intento de final sorpresivo suele dar la sensación de final abrupto, pareciera que hay cosas que han quedado por decir.

Pero, por otra parte, es preciso aclarar que nada indica que Vega los haya dado por terminados. Quizás el haber pasado a máquina un par de ellos haya sido con el pensamiento de darlos por concluidos, pero la mayoría están manuscritos. Por otro lado, hemos vistos que muchos pertenecen a la juventud de Carlos Vega lo que excusaría, quizás, cierta falta de experiencia en la factura.

Debemos rescatar en estos escritos sobre todo el afán que tiene Carlos Vega de subrayar -como ya hemos apuntado- que en la grandeza de espíritu descansa la mejor riqueza del hombre.

Consideramos notable que haya escrito un relato como el que lleva por título "Neurastenia", del que deja -curiosamente- varias copias. En este texto se advierte un marcado afán de estilo; emergen bellas pinceladas líricas cuando se describe el lago Titicaca y su entorno. Suponemos también que este cuento -que lamentablemente no lleva fecha- es uno de los últimos que ha escrito, por la diferencia estilística que sostiene frente a los demás. "Neurastenia" se alza, sin lugar a dudas, como un texto digno de figurar en una excelente antología de narrativa argentina.

* * *

Iván Marcos Pelicarić es Profesor y Licenciado en Letras (UCA), Magíster en Gestión de Proyectos Educativos (UCAECE) y Doctorando en Letras (UCA). Docente universitario e investigador, es miembro del Centro de Estudios Folklóricos "Augusto Raúl Cortazar" y del Instituto de Investigación Musicológica "Carlos Vega" (UCA). Entre sus últimas publicaciones figura la novela *La sombra del mestizo* (Calderón Editores, 2011).

* * *